

## PEDRO HENRIQUEZ UREÑA APOSTOL DE AMERICA

Por Juan Jacobo de Lara



PEDRO HENRIQUEZ UREÑA se le llama Apóstol de América y se le compara con los apóstoles del siglo diez y nueve. Vemos en sus escritos como él se inspiró en Bolívar, Bello, Sarmiento, Hostos, Martí y Rodó. Se establecen comparaciones entre los escritos orientadores de éstos y los de Henríquez Ureña a fin de ver como llegó él a ser la síntesis de los anteriores, un apóstol del siglo veinte.

El americanismo de Pedro Henríquez Ureña se inició desde sus escritos juveniles. En un artículo que escribió a los veinte años, sobre José Enrique Rodó y su mensaje orientador en *Ariel*, dijo el joven escritor que a definir el ideal de Hispanoamérica tendía Rodó, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual. Fue como si eso mismo se fijara en la mente de Henríquez Ureña, pues a definir el ideal de Hispanoamérica tendió en lo adelante en sus escritos, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual de nuestra América. Al igual que Rodó, Henríquez Ureña llegó a ser un orientador de las generaciones nuevas de Hispanoamérica.

Como continuador de la obra de Rodó, como ensayista y como americanista, Henríquez Ureña se dedicó no solamente a

definir el ideal de nuestra América, sino a buscar su identidad, su propia expresión.

En su artículo sobre el *Ariel* de Rodó declaró Henríquez Ureña que para nuestros pueblos ese momento histórico era crítico, porque la ley de la vida internacional les imponía ya tomar una dirección definitiva en su vida propia, y sólo la cooperación de las mejores fuerzas los podía lanzar en una dirección feliz. Afirmó al mismo tiempo que la juventud posee esas fuerzas nuevas. Desde ese momento, el joven Henríquez Ureña encabezó esa juventud intranquila dondequiera que él se encontrase. Y concluyó el joven Pedro diciendo: "La fe en el porvenir, credo de toda juventud sana y noble, debe ser nuestra bandera de victoria."

Henríquez Ureña escribió del Rodó escritor y del Rodó orientador, y dijo que "en sus luminosas páginas se cierne, en gloriosa lontananza, la visión de la América." A ese punto, diríamos que comenzó en el joven Henríquez Ureña su primera inquietud por nuestra América como una unidad de naciones. El fue uno de los jóvenes que oyeron la prédica de Rodó y que no la olvidaron.

Cuando apareció el primer libro de Henríquez Ureña, Rodó fue de los que le escribió con entusiasmo.

¿Cómo era posible que un joven de veinte y un años mereciera elogios de la pluma de José Enrique Rodó? El libro de Henríquez Ureña apareció en la Habana a fines de 1905; indudablemente que un ejemplar le fue remitido en seguida a Rodó puesto que su carta es del 20 de febrero y escrita en Montevideo. Rodó era, en ese momento, un pensador y un crítico de primera magnitud; la obra de Rodó se leía y se comentaba en toda Hispanoamérica y en España. Henríquez Ureña, en cambio, era un joven casi desconocido de las Antillas. Los elogios de Rodó, por lo tanto, nacieron de su entusiasmo por la prosa de Henríquez Ureña: tanto las ideas como el estilo demostraban madurez y un criterio superior.

De todas partes recibió el joven Henríquez Ureña elogios por ese primer libro, que le dio a conocer en el mundo hispánico. Y fue en ese preciso momento cuando él decidió irse

a México, después de más de un año en Cuba, (en busca de horizontes más amplios, en busca del resto de su América.) Ya él era bien conocido en Cuba y Santo Domingo por sus frecuentes escritos en revistas y periódicos; ya había vivido en Nueva York desde los diez y seis hasta los veinte años; ahora se iba a México con un concepto ya más amplio de una patria grande, hemisferial, americana, en contraste con su patria chica, la isla que le vio nacer.

En México vivió ocho años, de 1906 a 1914, y desde el primer momento ejerció una marcada influencia entre la juventud intelectual, como mentor del movimiento renovador que inició la Sociedad de Conferencias y, más tarde, el Ateneo de la Juventud. El Ateneo tenía por objeto el trabajar en pro de la cultura, pero Henríquez Ureña no se limitaba a lo mexicano; él inició el estudio de la literatura de España, (que hacía un siglo se ignoraba en Hispanoamérica), como base fundamental de la nuestra; y se remontó a la literatura y la cultura griegas como raíz de nuestra civilización occidental. Su visión del mundo y de las cosas adquirió entonces dimensiones de tiempo y de espacio que sobrepasaban las ideas de su tiempo.

Primero en México, después en los Estados Unidos, y más tarde en la Argentina, Pedro Henríquez Ureña enseñó en su cátedra la literatura española. Su interés por la literatura de España fue profundo, considerándola una base indispensable para el estudio de la literatura de la América hispánica. Este era un punto de vista nuevo, revolucionario, puesto que desde la Independencia, un siglo antes, se había ignorado a España y todo lo español en las nuevas naciones de América, por su afán de absoluta independencia. Pero después de la derrota de España por los Estados Unidos al finalizar el siglo, España dejó de ser una amenaza para las naciones de Hispanoamérica y se la comenzó a reconocer como la Madre Patria. Henríquez Ureña fue de los primeros en estudiar y enseñar la valiosa literatura española.

Como anterior a la española y como fuente de todas las literaturas de occidente, él estudió también la literatura griega, se empapó de cultura griega y, de ahí en adelante, se remontó

siempre a esos orígenes lejanos para formular sus juicios y como base de sus referencias. Enseñó pues, lo español y lo griego, y formó maestros en México y en la Argentina que propagaron luego su enseñanza.

Dijo el mexicano Antonio Castro Leal que, como tantos misioneros del siglo XVI, partió Pedro Henríquez Ureña de la pequeña isla de Santo Domingo para recorrer el inmenso continente americano. En cada país donde estuvo hizo su patria. Como los misioneros, sabía que un evangelio, el de la cultura, salvaría a nuestra América. Como los misioneros, no renegó de España, sino que alababa en ella lo bueno y temía el contagio de lo malo. Ha sido uno de los americanos más nobles, más buenos, más sabios, más inteligentes y de más fina sensibilidad de este siglo. Hay hombres preocupados por el destino de Hispanoamérica, cuyo pensamiento y acción rebasan las fronteras nacionales. Son redentores, como Bolívar y San Martín; apóstoles, como José Martí y José Vasconcelos; o evangelistas, como Andrés Bello y Manuel González Prada. A esta última categoría pertenece el gran humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña.

El entusiasmo de Castro Leal en su juicio de Henríquez Ureña es generalmente compartido por todos los que le conocieron en todos los países del hemisferio occidental. En juicios concretos, tratando del tema "La América española y su originalidad," dijo don Pedro que al hablar de la participación de la América española en la cultura intelectual del Occidente es necesario partir de hechos geográficos, sociales y políticos.

Considerando que desde el momento de la independencia política, la América española aspira a la independencia espiritual, Henríquez Ureña enumera aquellos escritores que han sobresalido durante los últimos cien años: Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, Rodó, Darío, que pertenecen al grupo de los apóstoles del siglo pasado.

Antes de continuar analizando a Henríquez Ureña en su papel de "apóstol de América" vamos a mirar hacia atrás y a buscar sus puntos de contacto con los apóstoles del siglo pasado. El primero fue Bolívar. Simón Bolívar no solamente fue

el genio militar que logró la independencia de medio continente sino también un visionario que se avanzó a su época; él aspiró a crear una gran nación consolidando las diferentes colonias que iba liberando, e inició la creación de una Confederación Panamericana de naciones. Ambos intentos fracasaron, pero su ideal persiste.

De los muchos escritos de Bolívar, el que nos concierne aquí es su carta de Jamaica, que escribió durante su permanencia en dicha isla, a un caballero que se tomaba gran interés en la causa republicana en la América del Sur, y que está fechada el 6 de septiembre de 1815. Bolívar confiesa en esa carta que, aunque desea ver formarse en la América española la más grande nación del mundo, comprende que eso es un imposible. Analiza cada uno de los países separadamente, como existían entonces en vísperas de su independencia, apuntando sus similitudes y sus diferencias. “Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto fue para los griegos!” dice Bolívar. Y ya en esa carta inicia su gran idea panamericanista, de que “ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas de nuestro hemisferio”.

Esta grandiosa idea fue llevada a cabo por el mismo Bolívar. Nueve años más tarde, siendo Presidente de Colombia, invitó a las nuevas naciones americanas para participar en un Congreso Internacional en Panamá, que se celebró en 1826. El resultado fue, desde el punto de vista práctico, un fracaso. En su Carta de Jamaica había previsto Bolívar las razones que impedían la unión panamericana de las nuevas naciones: falta de talentos y virtudes políticas; el despotismo imperante; la diversidad de climas, situaciones e intereses creados entre las diferentes regiones.

Lo importante del Congreso de Panamá fue que estableció el precedente, que fue el primer esfuerzo hacia la unión espiritual de nuestra América, unión que un siglo más tarde predicó Pedro Henríquez Ureña en su mensaje “Utopía de América.” Todavía no se ha logrado lo que quiso Bolívar, pero su visión persiste; la han mantenido los otros apóstoles del siglo

pasado que le siguieron y la recogió nuestro siglo. Se han celebrado muchos Congresos Panamericanos, con más o menos éxito, pero el resultado final, la visión bolivariana, se aleja todavía en la distancia.

El segundo de los grandes apóstoles, precursores de Henríquez Ureña, fue Andrés Bello, contemporáneo de Bolívar y su compatriota; pero cuando Bolívar eligió la espada para liberar a su América, Bello eligió las letras y por unos veinte años en que vivió en Londres estudió y escribió y se cultivó. Su obra y su reputación crecían. Llegó un día en que aceptó la invitación del Gobierno de Chile para ir a hacerse cargo de la educación del país, y dio el paso más importante de su vida. Se trasladó a Chile y, por treinta y seis años, fue desde allí el mentor de la cultura y del saber hispanoamericanos.

Bello fue, como Henríquez Ureña después, un Ciudadano de América. Viviendo en Londres recibía distinciones y se le ofrecían nombramientos desde Colombia, Perú, Argentina, Chile y otros países; su nacionalidad no importaba, él era un americano que se imponía por su superioridad y su saber. Lo mismo pasó con Henríquez Ureña en nuestro siglo, excepto que éste vivió y sirvió en muchos países a lo largo de su carrera. Pero la obra de uno y de otro no fue para un país exclusivamente sino para toda Hispanoamérica: ambos pensaron en términos americanistas más bien que nacionalistas.

En un largo poema, su primera "Silva Americana," Bello canta ciudades, ríos y comarcas de su América, e inicia la literatura de temas americanos que muchos otros cultivaron luego. Esa primera Silva de Bello se considera como la proclamación de la independencia intelectual de la América española. A esa primera Silva siguió "La agricultura de la zona tórrida," en la cual Bello pinta la riqueza natural de las tierras tropicales de América y alienta a las jóvenes naciones a cultivar su suelo: realidad y alegoría que hicieron de esa Silva un canto precursor de la literatura romántica en Hispanoamérica, la literatura que buscó lo propio, que descubrió la naturaleza americana.

A la generación que siguió a la de Bello perteneció

Domingo Faustino Sarmiento, de quien dijo Henríquez Ureña que “tenía el ímpetu romántico pleno, la energía de la imaginación y el apasionado torrente de palabras, junto con vivaz percepción de los hechos y rápido fluir de pensamiento.” Pero agrega Henríquez Ureña que Sarmiento, “con todos esos dones, no se resignaba a quedarse en mero escritor; sólo pensaba en servir a su patria argentina, a Chile, a toda la América española.”

Cuando el joven Sarmiento se fue desterrado a Chile escribió en los periódicos y tomó parte en la querrela de clásicos y románticos. Se iniciaron sus célebres polémicas con Bello, polémicas que engendraron la generación del 42, importantísima en la historia de la literatura chilena. Sarmiento representaba la generación nueva, romántica; Bello pertenecía a la generación anterior, de formación clásica. El choque de sus dos personalidades, de sus dos épocas, estimuló las letras y el pensamiento en Hispanoamérica. Ellos representaron corrientes antagónicas: Bello, la tradición clásica; Sarmiento, la espontaneidad renovadora.

Bello fundó una Universidad. Sarmiento organizó la primera escuela normal de la América española. Ambos fueron apóstoles de la educación tanto como lo fueron de la libertad y la cultura. La obra de ambos tiene muchos puntos de contacto, pero sus diferencias de personalidad, de temperamento, de generación, les separaron belicosamente. Sarmiento fundó el primer diario de Santiago de Chile y desde sus páginas lanzó sus continuos ataques a Bello. Entonces y siempre, Sarmiento vivió con la pluma en la mano.

Pedro Henríquez Ureña, que en tantos aspectos de su obra fue un continuador de esos dos grandes americanos, pareció reunir en sí mismo a ambos: la preparación profunda y clásica de un Bello y la intranquilidad revolucionaria de un Sarmiento. En nuestro tiempo no se trataba de clásicos y románticos; la generación de principios de siglo, a la cual pertenecía Henríquez Ureña, se llamó modernista, pero él no se identificó con ninguna escuela, sino que orientó a su vez con el equilibrio intelectual de Bello y el entusiasmo civilizador de Sarmiento.

También orientó con la fe apostólica de Hostos. Eugenio María de Hostos fue de los últimos grandes pensadores del siglo diez y nueve en Hispanoamérica. Luchó con su pluma y por medio de su obra educadora, ejerciendo grandísima influencia en todo el continente. Siguió los pasos de Bello y hasta vivió en Chile por muchos años, escribiendo y enseñando, y siempre predicando la justicia y la verdad.

Henríquez Ureña dijo de Hostos que, aunque nació en Puerto Rico, reconoció como patria a la América española. Así Henríquez Ureña, que nació en Santo Domingo, también reconoció como patria a la América española. Hubo un contacto personal entre ellos, cuando uno había llegado al ocaso de su vida y el otro apenas comenzaba la suya. Hostos había sido más que un amigo en el hogar de los Henríquez Ureña, había sido un ambiente: Los padres y el tío de los Henríquez Ureña participaron en la obra educadora de Hostos en Santo Domingo, y también de sus ideas apostólicas de libertad y educación, y en ese ambiente "hostiano" se crió Pedro Henríquez Ureña.

Hostos, como pensador, fue esencialmente moral y, al mismo tiempo, racionalista, con una profunda fe en el poder de la razón para descubrir la verdad, según lo afirma Henríquez Ureña. Su filosofía racional se basaba no solamente en la verdad sino en el bien. El creyó en el destino de América como patria de la justicia, —mensaje orientador que recogió Henríquez Ureña.

Henríquez Ureña declaró en su mensaje orientador "Patria de la justicia," que el ideal de justicia está antes que el ideal de cultura, que es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual. Ese afán por la justicia entre los hombres fue tesis fundamental en la obra de Hostos, y también en la de Henríquez Ureña. Ambos predicaron, por medio de la cátedra y de sus escritos, su ansia de justicia y libertad.

En cuanto a la obra escrita de Hostos, explica Henríquez Ureña que todo, para este pensador, tiene sentido ético, que la armonía universal es, a sus ojos, lección de bien, pero que su ética es racional y cree que el conocimiento del bien lleva a la



práctica del bien. Como la razón es el fundamento de su moral, Hostos difunde el culto de la razón al mismo tiempo que exalta la fe en la persecución y la adquisición de la verdad.

Las naciones de nuestro hemisferio buscan hoy la justicia y la verdad que predicaron Hostos y Henríquez Ureña; de ahí sus congresos panamericanos, sus organizaciones y comités, y mucho de su literatura. Buscan ideológicamente el acercamiento común por medio de la verdad y la justicia. Hasta ahora se ha logrado poco. El triunfo de ese ideal pertenece al futuro. El mismo Henríquez Ureña lo comprendió cuando dijo en su mensaje *Utopía de América*: “Yo sé que no será en mis días cuando nuestra América suba a donde quiero.”

Contemporáneo de Hostos fue José Martí, otro de los grandes apóstoles hispanoamericanos del siglo pasado. Martí no solamente fue el libertador de Cuba sino que ejerció una gran influencia en toda la América de habla española por medio de sus escritos, tanto literarios como políticos. Martí fue el último de los libertadores hispanoamericanos, y distinto a todos los que le precedieron. Luchó con su pluma por la libertad de su isla toda su vida y desde todas partes.

Pero no es como libertador que vamos a considerar aquí el americanismo de Martí sino como orientador, como apóstol, al igual que Hostos, al igual que Henríquez Ureña más tarde. Fue Martí quien acuñó la expresión “nuestra América” para designar la América española. Dijo Henríquez Ureña que Martí como escritor, es uno de los más admirables con que cuenta el idioma castellano: su estilo es invención constante, siempre feliz; grande es su riqueza de ideas, la variedad de sus emociones, su fe en la humanidad, la libertad, la justicia y el bien.

Martí fue también, como Hostos, un ambiente para los Henríquez Ureña, pues era amigo de su padre, y sobre todo de su tío Federico Henríquez y Carvajal, a quien le escribió su famosa carta antes de partir para Cuba a morir, —carta que se conoce como “el testamento político de Martí.” Diez años más tarde, en 1905, viviendo por primera vez en Cuba, escribió Henríquez Ureña un trabajo titulado “Martí escritor”. Habló de Martí pensador, “paladín vehemente de las más avanzadas ideas

y cruzado de todas las redenciones sociales”, orador asombroso, gran poeta, y crítico dotado de vasta erudición y refinado sentido estético.”

Lo que Henríquez Ureña urgía en Cuba en 1905 se ha hecho ya hace mucho: reconocer la importancia de Martí como escritor, y también como orientador de no solamente Cuba y las Antillas sino de toda la América española.

Uno de los puntos de comparación entre Martí y Henríquez Ureña es el hecho de que ambos vivieron en los Estados Unidos y conocieron bien dicho país: sus costumbres, sus actitudes, su cultura, su política. Como escribió Henríquez Ureña, Martí supo fijar los rasgos salientes de un espíritu nacional tan complejo como el de los Estados Unidos. Otros pensadores hispanoamericanos que escribían y hablaban entonces se basaban en ideas y teorías, no en los hechos, como lo hacían Martí primero y Henríquez Ureña después.

Como Henríquez Ureña más tarde, Martí descubrió por primera vez el sentido continental de su América al vivir en México durante su juventud; desde entonces su pensamiento abarcó a toda la América y, con el tiempo, abarcó a la América sajona. El sentido del conflicto entre su América y la sajona fue interpretado en sus escritos, durante sus largos años de exilio en Norte América. Su obra literaria principal entonces fue por medio del periodismo, pero, como dijo Henríquez Ureña, “periodismo elevado a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma.”

Uno de los pensadores hispanoamericanos que siguieron a Martí fue José Enrique Rodó, pero Rodó escribió de los Estados Unidos por medio de su intelectualidad y no porque conociera a Norte América. Se dice que Rodó fue el último apóstol del siglo diez y nueve y primero del veinte. Su más importante mensaje americanista, *Ariel*, apareció en 1900. Rodó se dirige a la juventud hispanoamericana y la exhorta a defender su América, a luchar por el ideal de la magna patria. Ese ideal lo recogió Henríquez Ureña y lo desarrolló más tarde en su mensaje “Utopía de América”. Rodó representó la transición entre los dos siglos; Henríquez Ureña representó el siglo veinte. El uno

fue el precursor del otro en su mensaje utópico, al dirigirse a la juventud de Hispanoamérica para concertar en su espíritu la fe, la esperanza, el entusiasmo, la constancia, el vigor indispensables para la magna obra; y ambos predicaron la comunión espiritual de las naciones y de los hombres de la América española, la necesidad de trabajar con fe, con esperanza, todos los días, por el ideal de la magna patria americana.